

Album Salón



CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí ♦ Rambla de Cataluña. 151, Barcelona ♦ Precio: 4 reales.

Ayuntamiento de Madrid

Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACION ESPAÑOLA EN COLORES

AÑO II

BARCELONA, 1.º DE DICIEMBRE DE 1898

Núm. 31

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactor-jefe: SALVADOR CARRERA

COLABORADORES

Literatos: Leopoldo Alas (*Clarín*).—Rafael Altamira.—Vital Aza.—Victor Balaguer.—Federico Balart.—Francisco Barado.—Pedro Barrantes.—Marcos Jesús Bertrán.—Eusebio Blasco.—Vicente Blasco Ibáñez.—Luis Bonafoux.—Ramón de Campoamor.—Rafael del Castillo.—Mariano de Cavia.—Martín L. Coria.—Sinesio Delgado.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray.—Alfredo Escobar (*Marqués de Valdeiglesias*).—Francisco T. Estruch.—Isidoro Fernández Flórez (*Fernánflor*).—Carlos Fernández Shaw.—Emilio Ferrari.—Carlos Frontaura.—Enrique Gaspar.—Pedro Gay.—Francisco Gras y Elías.—José Gutiérrez Abascal (*Kasabal*).—Jorge Isaacs.—Teodoro Llorente.—Federico Madariaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mélida.—F. Miquel y Badía.—Eduardo Montesinos.—Magín Morera Galicia.—Conde de Morphi.—Gaspar Núñez de Arce.—F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés.—Manuel del Palacio.—Melchor de Palau.—Emilia Pardo Bazán.—José María de Pereda.—Benito Pérez Galdós.—Felipe Pérez y González.—Jacinto Octavio Picón.—Miguel Ramos Carrión.—Angel Rodríguez Chaves.—Joaquín Sánchez Toca.—Alejandro Saint-Aubín.—Antonio Sánchez Pérez.—P. Sañudo Austrán.—Eugenio Sellés.—Enrique Sepúlveda.—Luis Taboada.—Federico Urrecha.—Luis de Val.—Juan Valera.—Ricardo de la Vega.—Luis Vega-Rey.—Francisco Villa Real.—José Villegas (*Zeda*).—Baronesa de Wilson.

Pintores y dibujantes: Joaquín Agrasot.—Fernando Alberti.—Luis Álvarez.—T. Andreu.—José Arijá.—Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch.—Laureano Barrau.—Pablo Béjar.—Mariano Benlliure.—Juan Brull.—F. Brunet y Fita.—Cabriny.—José Camins.—Ramón Casas.—Lino Casimiro Iborra.—José Cuchy.—José Cusachs.—Manuel Cusí.—Vicente Cutanda.—Manuel Domínguez.—Juan Espina.—Enrique Estevan.—Alejandro Ferrant.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller.—Manuel García Ramos.—Luis García San Pedro.—José Garnelo.—Luis Graner.—Angel Huertas.—Agustín Lhardy.—Angel Lizcano.—Ricardo Madrazo.—José M. Marqués.—Ricardo Martí.—Tomás Martín.—Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masriera.—Nicolás Mejía.—Méndez Bringa.—Félix Mestres.—Francisco Miralles.—José Moragas Pomar.—Tomás Moragas.—Moreno Carbonero.—Morelli.—Tomás Muñoz Lucena.—Jaime Pahissa.—José Parada y Santfín.—José Passos.—Cecilio Plá.—Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny.—Pinazo.—Manuel Ramírez.—Román Ribera.—Alejandro Riquer.—Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint-Aubín.—Sans Casañ.—Arturo Serriñá.—Enrique Serra.—Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—Marcelino de Unceta.—Modesto Urgell.—Ricardo Urgell.—María de la Visitación Ubach.—Joaquín Xaudaró.

Músicos: Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Alberto Cotó.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Federico Chueca.—Espí.—Manuel Fernández Caballero.—Gerónimo Giménez.—Salvador Giner.—Manuel Giró.—Juan Goula.—Enrique Granados.—Joaquín Malats.—Claudio Martínez Imbert.—Luis Millet.—Enrique Morera.—Antonio Nicolau.—Felipe Pedrell.—Joaquín Valverde.—Amadeo Vives.

JUSTO CASTIGO; por FRADERA.

(MONÓLOGO DE UN CABALLO).



— ¿Te atreves á interponerte en mi camino?



— ¿No te apartas y todavía escandalizas?



— Pues... ¡¡toma!!

Espacio disponible para anuncio.

Imprenta á c. de F. GIRÓ
Casa especial para Ilustraciones.
 PREMIADA CON MEDALLA DE ORO
 en la
Exposición Universal de Barcelona de 1888

HIGIENE RAZONADA DE LA BOCA
 ó sea
CONSEJOS UTILES PARA SU CONSERVACION
 POR
JOSE BONIQUET
 Médico-Dentista.
 Obra de suma utilidad para todas las clases sociales, lujosamente editada é ilustrada con gran número de grabados. — **PRECIO: 2'50 PESETAS.**
 Se vende en las principales librerías y en el domicilio del autor.
PELAYO, 54, PRAL. BARCELONA

J. FURNELLS
 ZINCÓGRAFÍAS, FOTOGRAFADOS, AUTOTIPÍAS, ETC. PARA LA ILUSTRACIÓN DE PERIÓDICOS, OBRAS DE REVISTAS, ANUNCIOS ETC., ETC.
Clichés Tipográficos
 APLICACIÓN DE TODOS LOS PROCEDIMIENTOS FOTOGRÁFICOS A LA IMPRESIÓN TIPOGRÁFICA
 Talleres: Diputación, 174 y 176; BARCELONA

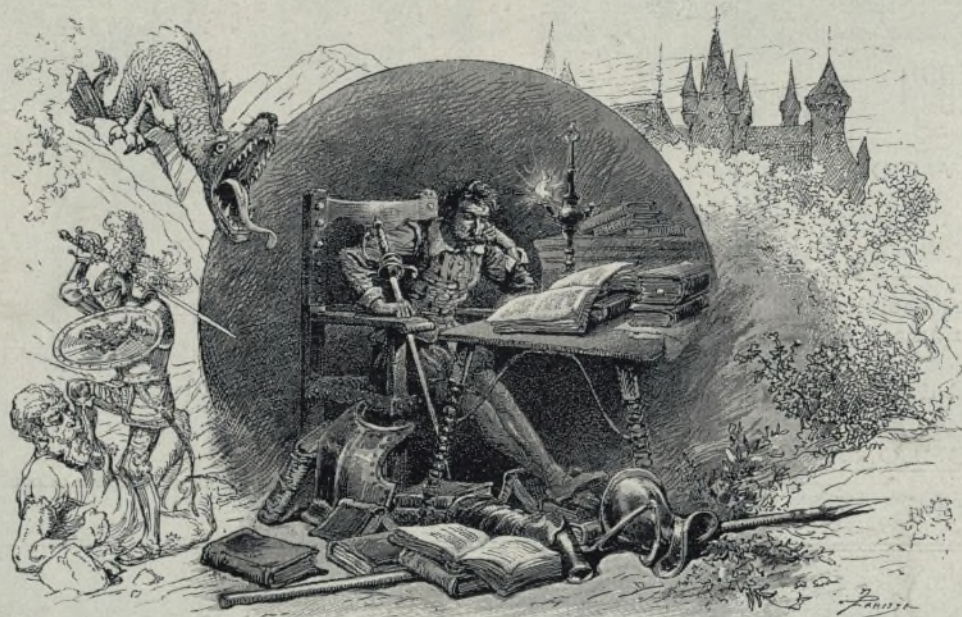
ACCIDENTE VEROSIMIL; por FRADERA.



INTERESANTE A LAS SEÑORAS
 Por medio de un procedimiento completamente inofensivo, se extrae instantáneamente y con toda su raíz el vello del rostro ó de los brazos, sin que quede ni el más pequeño rastro de haber existido.
 Lo que se aplica para ello, á la vez que no es depilatorio, es tan higiénico y favorable para el cutis, que éste lo deja fresco, limpio, fino y hasta lo hermosea.
 Este sin rival procedimiento es aplicado por su inventora
 * TERESA GARCIA MARTINEZ *
 por cuyo motivo las señoras que lo deseen, pueden, sin reparo y con toda satisfacción, dirigirse á ésta su casa,
 *** Calle de Colón, núm. 8, bajo. *** VALENCIA ***

JUAN B.^{TA} PUJOL & C.^A EDITORES
 1 y 3, Puerta del Angel, 1 y 3 * BARCELONA
 MÚSICA DE TODOS GÉNEROS Y PAÍSES
 PIANOS, ARMONIOS, ÓRGANOS É INSTRUMENTOS DE ORQUESTA Y BANDA
 REPRESENTACIÓN Y DEPÓSITO DE LAS PRINCIPALES CASAS EXTRANJERAS
 CONTRATAS ESPECIALES — COMPRAS DIRECTAS
 Agentes en Paris, Bruselas, Berlín, Leipzig,
 Hamburgo, Londres, Milán y Viena.
 Precios los más económicos y existencias las más importantes de la Península.
 CATÁLOGOS GRATIS * EXPEDICIONES DIARIAS

JUAN FRANQUESA
 ALMACÉN DE MUEBLES
VENTA A PLAZOS Y AL CONTADO
 SAN PABLO, 28 Esquina Arco de San Agustín BARCELONA



EL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIJOTE
 DE LA MANCHA

POR
 Miguel de Cervantes Saavedra

Edición especial para los Cervantistas,
 de 100 únicos ejemplares numerados al
 precio de 75 ptas.

CENTRO EDITORIAL ARTISTICO

DE
MIGUEL SEGUÍ

151 Rambla de Cataluña 151

BARCELONA

APIOLINA CHAPOTEAUT
 NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas y comprometen a menudo la

SALUD DE LAS SEÑORAS

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

Historia del general DON JUAN PRIM

Semanalmente y sin interrupción se publica un cuaderno que vale **UN REAL**, a pesar de contener dieciséis páginas de texto, ó bien ocho y un magnífico cromo.



PIANOS

FORTUNY 3 BARCELONA
 PIANOS DE COLA Y VERTICALES
 A CUERDAS CRUZADAS Y CUADRO DE HIERRO
 ESTILO NORO AMERICANO
 SE REMITEN CATALOGOS



No más Canas
AGUA SALLÉS

Esta Agua sin rival progresiva ó instantánea, devuelve a los Cabellos blancos y a la Barba su **COLOR PRIMITIVO**:

Rubio, Castaño, Moreno o Negro.
 Bastan una ó dos aplicaciones sin lavado ni preparación.

PRODUCTO INOFENSIVO
 RESULTADO GARANTIZADO

SALLÉS, Fils, 73, Rue Turbigo, PARIS.

DE VENTA: Perfumeria LAFONT, Call, 30, BARCELONA.

¡ESTÓMAGO ARTIFICIAL!

ó **POLVOS** del DR KUNTZ es un preparado incomparable para la cura de todas las dolencias del estómago é intestinos, por antiguas que sean. Los vómitos, acedias, ardores, pesadez, flatos, dolores de estómago, cintura, etc., etc., así que diarreas ó estreñimientos, desaparecen á la primera dosis. Exito seguro. Caja 7'50; media caja, 4 pesetas, en farmacias y Madrid, Arenal, 2; Barcelona, Rambla Flores, 4. Pídanse FOLLETOS.

Centro Editorial Artístico de

MIGUEL SEGUÍ

Novelas en publicación y publicadas
 las que se admiten suscripciones.

UN REAL CUADERNO

DE ALEJANDRO DUMAS

Memorias de un médico.
 El collar de la reina y Angel Pitou.

DE LUIS DE VAL

Morir para amar ó La muerta enamorada.

La hija de la nieve ó Los amores de una loca.

Sor Celeste ó Las mártires del corazón.
 La ciega de Barcelona ó la mártir de su inocencia.

La lucha por la existencia.

El hijo de la muerta ó Más allá de la tumba.
 El calvario de la vida.
 ¡Sola en el mundo! ó El manuscrito de una huérfana.
 Las hijas abandonadas.

DE F. LUIS OBIOIS

El martirio de un ángel.
 Nacer para sufrir. (Historia de una herencia.)
 Vivir muriendo.

DE SALVADOR CARRERA

La vengadora de su honra.

DE ALVARO CARRILLO

Amor y patria ó La virgen cubana.

DE LORENZO CORIA

Luna de miel.

Tip. «La Ilustración», á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.

EL GENERAL DUQUE DE NÁJERA

(MARQUÉS DE SIERRA BULLONES).

MILITAR pundonoroso, el que motiva estas líneas, es de los que más prestigio gozan en la milicia, por su historia sin tacha, por su caballerosidad netamente española, por su nombre ilustre entre los ilustres, y, en una palabra, por el conjunto de perfecciones que le adornan, tanto en la vida oficial como en la particular.

Dotado de un carácter enérgico y amante de su nobilísimo apellido, sostiene con una dignidad sin límites, los timbres gloriosos que le legó el

autor de sus días, el insigne general Zabala, uno de los héroes de aquella memorable campaña de Africa, donde el por tantos conceptos admirado ejército español, conquistó laureles que, al riego de la sangre profusamente derramada, reverdecen en estos aflictivos momentos, para recordar á nuestros procaces enemigos, legítimas glorias de que ellos no podrán nunca envanecerse.

Sus actos recientes que, pregonados por la prensa, han hecho latir



con entusiasmo el corazón de todo buen patriota, son los mejores heraldos de su hidalguía y esplendidez; conquistándole la gratitud de los propios y la admiración de los extranjeros.

Acertado anduvo el gobierno de S. M. cuando le envió de embajador extraordinario á Rusia, para asistir á la coronación del Czar; pues dejó en aquel imperio gratísimos recuerdos de su estancia, y á la altura de su preciosa historia, el nombre de España.

Sin temor á equivocarnos, podemos asegurar que fué de los primeramente indicados para formar parte de la comisión que en París ha negociado la paz con los Estados Unidos; dato más que suficiente para demostrar de una manera positiva la consideración que, en las altas esferas merecen su talento claro y su acrisolado amor al país; así como al relieve de su figura, entre los principales personajes de la nación.

Ignoramos que esté afiliado á ningún partido;—cónstanos, sí, su opinión de convencido monárquico, acérrimo defensor de las instituciones:—

y aplaudimos de veras que no lo esté; porque, ciertas valiosas entidades deben ser exclusivamente partidarias, como él, del engrandecimiento de la Patria, procurando á ésta todos los beneficios posibles, y eludiendo los continuos compromisos y rozamientos políticos de que siempre sale perjudicado el pueblo, por quien el actual Zabala siente verdadera idolatría.

Fundados en ese criterio, que á poderse comprobar fuera seguramente el de la generalidad, entendemos que el joven é ilustrado militar, cuyo retrato honra esta página, es uno de los contemporáneos más eminentes y dignos de respeto: uno de esos seres, en fin, que jamás mueren moralmente; pues la fama de sus meritorias cualidades se transmite de generación en generación; siendo, en todas las épocas y para todas las clases, de palpitante actualidad.

¡Personalidades como la del duque de Nájera, enaltecen y llenan de legítimo orgullo al país en que han nacido!

MANUEL ESCALANTE GOMEZ

LA MEDICINA EN EL PASADO ⁽¹⁾

EL origen de la medicina, en general, se halla oculto entre las demás nieblas de los tiempos remotos, y no es posible precisarle más que suponiéndole por muy simples conjeturas. Hay que suponer, por lo tanto, que el origen de la ciencia de curar fué debido á la observación de algunos hombres reflexivos, á quienes, como pretenden ciertos autores antiguos, enseñaron los animales, dotados por el Autor de la Naturaleza de un superior instinto, el uso de muchas plantas salutíferas, convenientes para mitigar las incomodidades y dolencias propias de la mísera Humanidad, que no eran sin embargo, tan frecuentes ni perniciosas como lo han ido siendo en el transcurso de los siglos, el desarrollo de los vicios y malos hábitos,—tanto más numerosos cuanto más adelanta la civilización de los pueblos,—la intemperancia, la molicie y la relajación de costumbres.

Sábase, no obstante, que la Medicina era conocida y practicada en el viejo Egipto, el pueblo antiguo más adelantado en la senda de la civilización, y cuna de todas las ciencias conocidas en el Mundo primitivo; civilización que hoy admira á los sabios modernos, al estudiarla y conocerla, merced al maravilloso descubrimiento de descifrar los jeroglíficos de las piedras y los palimpsestos que han podido resistir á la destructora acción del tiempo, que todo lo borra y aniquila.

Pero la Medicina en el Egipto, era patrimonio exclusivo de los sacerdotes, depositarios absolutos de todos los conocimientos científicos; quienes transmitíanlos solamente á un corto número de individuos iniciados en los misterios del sacerdocio. La Medicina, pues, era un secreto para la generalidad de los profanos, que podían disfrutar los beneficios de sus efectos, pero no comprender sus causas.

El inmediato contacto que con los demás pueblos conocidos tuvo el Imperio de los Faraones, ya por las guerras y conquistas, ya por las relaciones comerciales, fué difundiendo poco á poco las luces de la sabiduría por la populosa Asia y por las poblaciones del Oriente de Europa.

La Medicina, ya bastante perfeccionada en Egipto, no podía quedar relegada al olvido, atendida su importancia y su necesidad.

En Grecia, donde ejercieron y monopolizaron la ciencia de curar los sacerdotes, especialmente del Templo de Apolo, en Delfos, los cuales sin duda conocieron los misterios del sonambulismo y del magnetismo animal, que tan modernos aparecen hoy, y que explotaban en la persona de las Pitonisas; en Grecia, parece que no se dió gran importancia á la Medicina, dado el escaso número de obras de este ramo del saber humano que han llegado hasta nosotros.

En efecto; causa extrañeza que aquel pueblo tan culto y adelantado en las ciencias y en las artes, que llegó á considerarse como el emporio de la civilización y de la sabiduría; aquel pueblo que sirvió de modelo á los demás, y fué maestro de la soberbia Roma, más tarde dominadora del mundo; aquel pueblo que tantos monumentos nos ha legado de sus artistas, de sus poetas líricos, heroicos y dramáticos, de sus historiadores y filósofos, de sus biógrafos y oradores; causa extrañeza, repetimos, que tan pocas obras nos haya transmitido de sus médicos y naturalistas.

Y Grecia, atendida la extensión de su territorio, debió contar con gran número de profesores en la ciencia de curar. Mas éstos, ó se limitaron á la práctica, ó, si escribieron sobre ella, sus obras quedaron en el fondo de las bibliotecas; por ejemplo, — aunque otra cosa sostengan modernos publicistas, que no apoyan en base sólida sus refutaciones á la tradicional y generalizada creencia; — en la famosa de Alejandría, incendiada por los soldados del fanático Omar I, cuando invadieron aquella gran ciudad los árabes; terrible cataclismo en el cual quedaron perdidos para la posteridad tantos dignos productos del saber humano.

Han llegado únicamente hasta nosotros, el nombre y los escritos de aquellos varones tan distinguidos por su ciencia y los inmensos beneficios prestados á la humanidad, cuyo nombre se han visto obligados á respetar la ingratitud y el olvido. Tales son: Esculapio, elevado á la categoría de dios de la Medicina por la entusiasta y pintoresca imaginación griega, divinizada de todo lo grande y lo sublime; y que seguramente fué sólo un gran médico. Hipócrates, el anciano divino de Cos, cuyos profundos conocimientos en la materia causan hoy la admiración de los modernos; cuyas obras y en particular sus *Aforismos*, considerados como el Evangelio de la ciencia, son aun tomadas por modelo, obteniendo la honra de pasar, en magnífica colección, al siglo actual de las luces y de los ade-

lantos científicos (1). Aristóteles, filósofo y naturalista, célebre por la universalidad de sus conocimientos, y que en su obra *De Natura rerum*, describe las propiedades de muchas substancias del reino vegetal y mineral, útiles en la medicina. Dioscórides, autor del *Tratado de plantas y venenos y materia medical*, que traducido y magníficamente anotado é ilustrado por el sabio doctor español Andrés Laguna, médico del Sumo Pontífice Julio III, y publicado en Roma, á principios del siglo XVI, es considerado como el fundamento de la Terapéutica moderna. Y poseemos, en fin, el nombre de Chirón, descubridor de la planta medicinal llamada *centaurea*, que recibió éste título por suponer que el citado herborista era uno de los fabulosos engendros imaginarios llamados *centauros*, á causa de ir recorriendo frecuentemente á caballo los campos y los montes, en busca de plantas medicinales.

También hallamos por incidencia, aunque en germen, el tipo del médico militar, entre los griegos. Herido en una batalla el célebre conquistador Alejandro Magno, á quien sus aduladores daban el título de dios, es curado en su tienda, sobre el campo de combate. La operación debió ser penosa, porque el joven guerrero exclamó: « Dicen que soy dios; pero el dolor de esta cura me hace conocer que soy hombre. »

Este detalle, prueba la presencia de uno ó más médicos en el séquito militar del hijo de Filipo de Macedonia.

Menos ejemplos nos presenta la historia de médicos célebres, entre los romanos. Verdad es que éstos los apreciaban poco, prefiriendo á los barberos que, además de rasurar, practicaban algunas operaciones de cirugía menor.

Y no porque faltasen en la capital del Lacio profesores de la ciencia de curar; pero gozaban de escasa reputación y aprecio, como lo prueba el caso de haber sido arrojados de Roma, por considerarlos perjudiciales á la república, y el hecho extraño del Emperador Marco Aurelio, que estando desahuciado de los facultativos, mandó grabar en su sepulcro la siguiente inscripción:

Turba medicorum interfecit regem.

Frase tan absurda como ingrata é injuriosa, y que parece demostrar existe razón para exigir responsabilidad á los que no detienen los progresos de una enfermedad mortífera, ni prolongan la vida más allá de los límites marcados por la Naturaleza.

Apenas hallamos, pues, entre los romanos, nombres de médicos célebres, fuera de Plinio, botánico y naturalista, y del famoso Galeno, nombre que como el de Hipócrates, ha pasado á la posteridad y hasta el vulgo conoce; pues aunque en son de ironía, se llama *galenos* á los médicos.

Galeno se distinguió, y aun se adelantó á su tiempo, como profundo anatómico. Prohibiendo las leyes romanas la disección de los cadáveres humanos, tenía precisión de estudiar sobre cuerpos de monos; y al advertir la identidad del organismo de éste con la del ser racional, no se atrevía á decidir si el mono era una degeneración del hombre, ó si el hombre era un cuadrumano perfeccionado; atrevido pensamiento que demuestra no ser moderna la teoría de Darwin.

El ejército romano, que se cita como un modelo de organización táctica y disciplina; que contaba, como los ejércitos modernos, con las tres armas de infantería, caballería é ingenieros encargados de la construcción y manejo de las máquinas y artificios de guerra para batir las plazas, equivalentes á la actual artillería, no contaba con médicos para la asistencia y curación de los soldados enfermos, en la ciudad y en los campamentos. De igual falta adolecía el ejército de sus eternos rivales, los cartagineses, según se desprende de la siguiente noticia, hallada al azar en la historia de las guerras púnicas.

« Cuando Aníbal cruzó los Alpes, para invadir la Italia, al bajar de los fríos páramos y desfiladeros á las calurosas campiñas latinas, y al respirar las envenenadas miasmas de las lagunas *Pontinas*, contrajo una fluxión de ojos que le privó de uno de ellos; accidente que no hubiera ocurrido, á tener cerca de sí persona idónea que le proporcionara los remedios necesarios para combatir aquella dolencia, tan fácil de curar cuando se acude á tiempo. »

LUIS VEGA-REY

(1) Fragmento de una Memoria presentada á informe, de la Real Academia de Medicina de Madrid y no publicada aún.

(1) Obras de Hipócrates, coleccionadas y publicadas por Mr. Littré, y traducidas del francés por el Dr. D. Tomás Santero.

JOSE CUCHY



EL ESPANTAJO

LETRAS CATALANAS

ANGEL GUIMERÁ

Crudel ab mí vas ser, la vida mía,
 mes lo secret al cor me l'he guardat:
 si jo'l contés tothom te culpària
 y'm plau que'm diga'l mon, per tú, María,
 ara pasa un malvat.

Has sido cruel, pero el corazón no revelará ese secreto: como lo contase, á ti te culparían, y prefiero que creyéndote desgraciada, me grite el mundo: ahí va un malvado. Pocas criaturas pasan voluntariamente por los azotes de la ingratitud, y menos aún los poetas, que hacen resonar el acento de sus estrofas á modo de apóstrofe de Dios irritado: sublime, pero iracundo. Amorosos, imaginan pura á la mujer, alma blanca; desengañados, le escupen hiel, ironía. No les acuso; no niego interés humano á las quejas del orgullo dolorido con que hablan de su desventura: se perdona á una mujer que nos ha hecho daño, pero se la mata también. A mí me ha conmovido hondamente aquella desesperación centelleante de Musset, esperando toda una noche de algarada carnavalesca á su querida desleal. Pero digo que Espronceda, Musset y otros, desengañados, sólo atienden á parecer grandes en su pena, sin que les importe maltratar lo que ensalzaron y quisieron:

¿que es estúpida?... ¡Bah! mientras, callando,
 guarde obscuro el enigma... (1)

quitan á la mujer amada el manto de púrpura y se lo echan ellos á los hombros; prefieren pasar por la grandeza de su egoísmo; insultan su propio amor; dan en escépticos y todo es pesadumbre de negrura, miseria, laceria, visto por el lente de su desilusión abrumadora.

Guimerá no siente así: se encarama un momento al pedestal cuando grita:

Yo la coneix ton ànima traidora,
 vil é ingrata com ets no ho fou ningú... (2)

pero no sigue en ese tono que es discordante en el concierto dulce de su tristeza resignada, y que en los románticos abre el acorde airado de la imprecación. Por lo contrario, se nos muestra creyente, ufano del sacrificio; y en la derrota cruel, no saca del amor odio, pero recoge el perfume que aquellos queman sin piedad. ¿De qué labios de hombre ha oído mujer traidora alguna:

No't culpo nó, de que l'amor me neguis;
 per confondres ab tú mon cor que té? (3)

Por lo menos, los poetas no nos han acostumbrado á verles conservar el alma amorosa, pasado el desastre de sus ilusiones: sin duda porque, como explica Becquer, «sienten *adentro* algo divino» que les aparta de los mortales.

Este Guimerá de que yo hablo, es un poeta desconocido de la multitud, y cuasi cuasi, de los doctos: saben muchos que es poeta catalán y no pasan de ahí: ignoran que es grande y príncipe, como los excelsos poetas de la lírica castellana. Se ve en seguida, leyéndole con atención, que no acusan sus versos una mano cualquiera que los escribe, y no un alma que los siente: versos que convienen á muchos, huecos, aunque sonoros, buenos para ofrecidos á una dama como se ofrece un ramo de flores; nó: los versos de Guimerá, lo mismo que los de Goethe, si bien en cierto modo al revés de los de Goethe, hablan del hombre, porque está el hombre, con su temperamento y su sér, copiado en aquellas poesías de *idea propia*, saturadas de sentimiento deliciosamente íntimo, fuerte y penetrante. Pero si se profundiza en la lectura, aun se ve algo más que este personalismo encantador: se ve como corre habilmente el teclado de la armonía poética, creciendo y decreciendo

do en los ritmos, acomodando las notas á las sensaciones del *color*, ora en la sencillez idílica, ya en la grandiosidad trágica, siempre penetrado del *sentimiento de lo real*, cosa no muy común en poesía, á lo que presumo.

La índole del lenguaje le ayuda, pero también tiene á causa del lenguaje su mérito, si se atiende á que el catalán no se presta demasiado á circunloquios y perífrasis, ni permite que se abuse de las imágenes, y es á veces algo seco y duro, premioso, de entonación breve, aguda y viril. Hay que decir las cosas con cierta concisión, clara eso sí, pero concisión que desespera, sin tropos, ó por lo menos sin prodigalidad en tropos. Pues pobre como es en dicciones largas, Guimerá combina musicamente las sílabas, y en ocasiones — ya lo veremos en otro apunte de este estudio — adapta el vocablo á la idea del objeto con verdad pasmosa. En «María de Magdala (y no le cito en lo trágico, que allí el acento fuerte del *idioma* le acorre), hay diferencia ostensiblemente marcada en la expresión de los sentimientos, sensuales y voluptuosos cuando habla la pecadora; profundos, sublimes, cuando habla Jesús. Los que conocen el catalán saben qué milagro de la dialéctica se obra aquí. En «Captant» se lee, por ejemplo:

Es petita, petita:
 tot just ha fet sis anys

y flochs de neu la envoltan
 y's tancan los portals.

(1) Becquer.

(2) «Conozco tu alma traidora: no hubo otra vil é ingrata como tú.»

(3) No te culpo porque no me ames, ¿qué tiene mi corazón para confundirse contigo?

Parece que bailan en el oído las sílabas que señalo; hay gradación rumorosa en los monosílabos: *tot just ha fet sis anys* (años): largas, *tòt, júst, fèt, sis*. Semitono agudo, há; tono agudo, ány.

Me he detenido en estos pormenores por parecerme que no todos saben apreciar las causas que impiden á los literatos catalanes exponer sus ideas en el dulce idioma de la patria, reputándolo superior, naturalmente, por la flexibilidad, armonía y riqueza de sus voces. Hay que comprenderlo bien: el lenguaje es forma hablada de la expresión, de la fisonomía moral de un pueblo; concuerda con sus impulsos, con su modo de ser, con la psicología de sus costumbres, opuestamente al espíritu castellano.

Por imperioso yugo, pues, se escribe en catalán; escríbese como se siente, como se piensa, como se cree: y los catalanes (los más, si no todos) traducen sus sentimientos y sus ideas cuando se proponen escribir en castellano, aunque lo escriban bien, ni más ni menos que si se tratara del idioma de otra nación. Quizás se ofrezca coyuntura de aducir otras razones no menos curiosas y valederas, conforme adelantemos en estos estudios: que así como los catalanes no se parecen á los castellanos, tampoco tienen parecido unos y otros escritores. Pero lo que más conviene ahora, ya está dicho, para fijar la idea de que la literatura catalana es original y fuerte, propia en resolución, como propia es la de los pueblos que nunca hemos

osado discutir. Es, además, gloriosa y no inferior (si no en número, en calidad de hombres) á distintas literaturas.

Por respetos á la calidad, pregonar Clarín, que nuestros literatos son dignos de estudio. Tenemos novelistas ilustres, egregios poetas, críticos estudiosos... y tiempo es de que lo de casa, lo que nos enaltece á los ojos de otras naciones, despierte curiosidad en nuestro ánimo, como despierta curiosidad lo ajeno, lo extraño, siquiera en arte valga decir *daca y toma* más que «lo mío y lo tuyo.»

Lamento que Clarín no pueda, según declara, tomar sobre su autoridad de crítico este encargo honroso. La competencia de su palabra sugestiva, el saber, el buen gusto, la riqueza psicológica que posee, asegurarían el éxito de estos trabajos, á que yo me decido sin más títulos que una buena voluntad recomendable. Leopoldo Alas, diciendo las cosas muy bien y en su punto, destruiría prejuicios que impiden el conocimiento y la vulgarización del arte catalán; y yo sólo daré idea, por ejemplo, de que tenemos poetas como Verdaguer y Guimerá, por catalanes poco distinguidos del vulgo, pero dignos de la popularidad inmensa que gozan los mejores poetas castellanos.

J. F. LUJÁN

(Continuará).

FRANCISCO MIRALLES



Salon Robera. (Fernando. III-59.)

NIEVE DE OTOÑO (PARÍS).

RIMAS INÉDITAS

¿LES GUSTA CÁDIZ?

DE UN ALBUM

Si es Cádiz, perla del mar,
Y sus mujeres son diosas;
¡Qué gana de preguntar!
¿A quién no le han de gustar,
Las perlas y las hermosas?

JOSÉ DE VELILLA

Que si no hay en su seno
Bosques de flores, donde liben mieles
Idílicos amores...
Es porque quiso Dios negarle flores
Para dar más espacio á sus laureles.

JOSÉ M.^a DE ORTEGA MOREJÓN

Cazador que á caza vas
de mujer ó de león;
¡ay de ti si no le das
en mitad del corazón.

M. DEL PALACIO

A. CASANOVAS CLERCH



IMITANDO A LA HORMIGA

Ayuntamiento de Madrid

EL JURAMENTO DE LUISA

I

A USTED le toca hablar, mi capitán!

Cada uno de nosotros había contado su historia; una historia, que debía ser auténtica y escogida entre nuestros antiguos recuerdos. Habíamos decidido esto, para entretener el tiempo, mientras pasaba la tormenta, que nos impedía continuar nuestra partida de caza.



Estábamos reunidos en la casita del guarda del monte, cinco amigos y antiguos camaradas. Pepe, había relatado una historia amorosa, llena de peripecias, con el plástico estilo de los nacidos en Andalucía; Enrique, había narrado una anécdota muy madrileña, cuyo héroe era un amigo nuestro; mi hermano Andrés, había

contado un recuerdo de viaje á las Antillas, muy poético. Solamente quedaba por oír la historia del capitán de marina Fernández, el cual, llegado su turno, sacudió la pipa con el dedo y habló de esta manera:

— Voy á contar la historia de uno de mis marineros, que pereció en el combate de S***; quien, poco antes de ser muerto por una bala traidora, me la refirió, estando de guardia una noche, en el portalón de nuestro crucero.

— ¿Eres casado? — Le pregunté yo, por emprender conversación.

— Ya no lo soy, — me respondió, — ó mejor dicho, sí; estoy casado, pero no á mi gusto.

Me dijo esto con tanta gravedad, con una expresión de dolor que me interesó, y le rogué me hiciese confidente de sus penas.

II

Había en el pueblecito de R***, allá en las costas del norte, y en una playa habitada por muchos pescadores, una joven llamada Luisa, de quien estaba yo locamente enamorado. Era preciosa. La mujer más hermosa que pueda usted figurarse, mi capitán. La conocía desde la infancia. La adoraba, y ella me correspondía de todo corazón.

Era yo entonces pescador á bordo de la *Blanca*, y ganaba lo bastante para vivir. Habíamos convenido en casarnos, cuando yo fuera el segundo del buque; cosa que no debía de tardar.

Nuestra vida se deslizaba tranquila, con esa felicidad que disfrutaban las personas que se aman, sin desear ni ambicionar nada más.

Siempre que salía yo á pescar, me decía Luisa, con dulzura:

— ¡Parte tranquilo, que yo rezaré por tí!

Un día, hace mucho tiempo, la *Blanca* regresaba de una expedición lejana, tras ocho días de fructuosa pesca; y se aparejaba para tomar puerto, cuando, de pronto, el viento se levantó, las olas se alzaron y la *Blanca* danzó como una simple cáscara de nuez, en la cresta de las olas. ¡Esta lucha duró cinco horas espantosas, á la vista del puerto! Yo no tenía miedo por mí; pero pensaba en Luisa, que sería testigo de todo; y pensaba en las angustias que sentiría, al ver las velas de la *Blanca* sepultarse á cada instante.

Al fin, después de cinco horas de tormenta, una ola enorme vino á estrellarse contra el buque y lo echó á pique. De seis marineros que éramos, yo fui el único que me salvé, agarrado á una tabla, de donde fui recogido al cabo de una hora, por una barca que vino valerosamente á socorrerme. ¡Sin duda, la oración de Luisa me había salvado!

Cuando llegué á tierra, la encontré muerta de inquietud, cambiada completamente y como envejecida por el grandísimo terror que había experimentado. Había estado esperándome en lo alto de una colina, desde donde se abarcaba gran extensión de mar, y asistido por consiguiente, á toda la agonía de mi barco.

La consolé cuanto pude; pero noté en ella un cambio extraordinario: era otra completamente. Tres semanas tardó en recobrar su vida habitual.

¡Cual no sería mi sorpresa al ver que, durante este tiempo, el amor de Luisa hacia mí no era el mismo. Comprendía que no me amaba tanto. ¿Por qué? ¡En vano quise explicármelo! Luisa se mostraba desdenosa conmigo, y cuando le hablaba de nuestros proyectos para el porvenir, sólo me respondía con un movimiento de cabeza y un gesto de duda.

Hablé con sus padres, y tampoco pudieron explicármelo.

En fin, un día llegó en que la muerte de un pariente mío me hizo heredar una pequeña suma, que me permitía establecerme. Por última vez fui á ver á Luisa, con gran ansiedad, pues hacía tiempo que no nos veíamos. Cuando la dije el asunto que me llevaba, lenta, fríamente, pronunció estas palabras, que siempre tengo presentes en la memoria.

— ¡Ya no te amo!

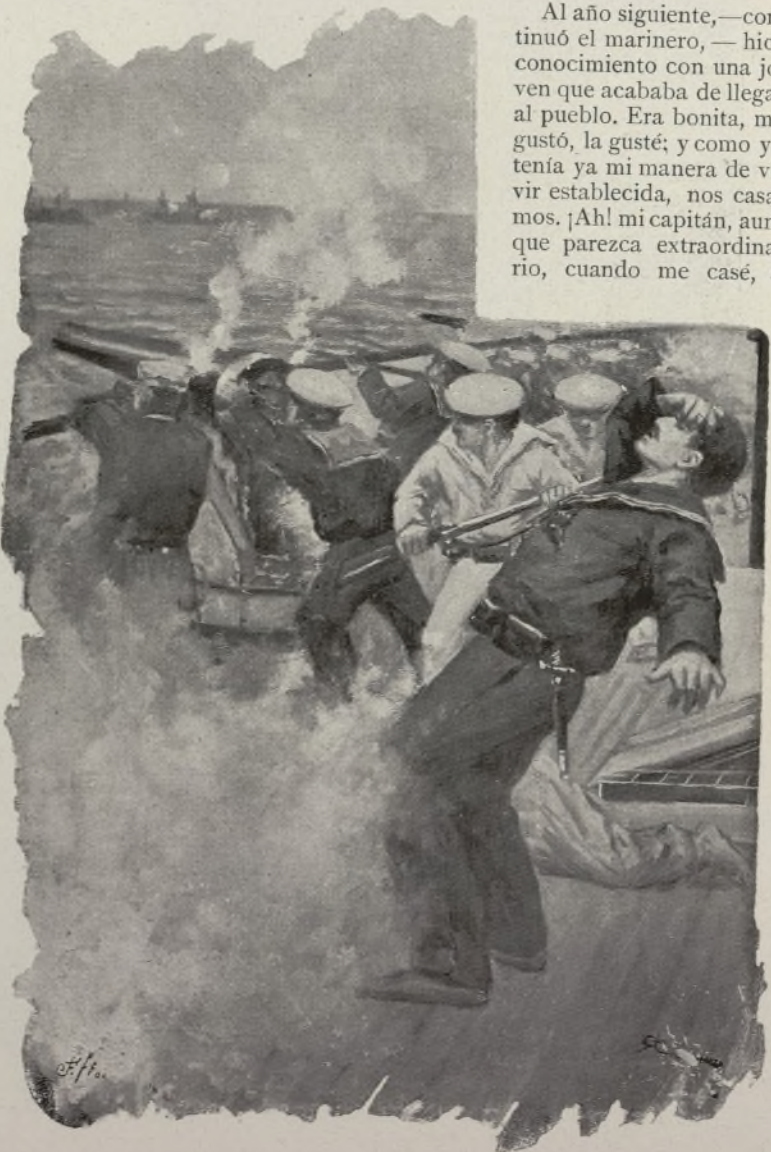
¡Creí volverme loco, mi capitán! Partí sin saber hacia donde dirigirme, huyendo de aquella casa maldita, jurando no volver á mirar á aquella mujer que me había hechizado, para engañarme después. Mi amor desapareció de pronto para siempre, al parecer; pero á veces tenía que hacer grandes esfuerzos para no acordarme de ella.

La curación de mis heridas amorosas, vino poco á poco. Luisa se fué á vivir á otro punto cercano, donde jamás hubiera yo puesto los pies, por todo el oro del mundo. Al principio, sufría horriblemente, cuando veía su antigua casita, y todos los rincones del pueblo que habíamos recorrido juntos. Después, no pensé más en ella. El viento del mar sopló sobre mis recuerdos, y barrió lo que quedaba de mi amor, de tal manera que, cuando mi anciana madre murió, apenado por tantos disgustos, pude decirle:

— ¡Muere tranquila; tu hijo no sufre ya!...

III

Al año siguiente, — continuó el marinero, — hice conocimiento con una joven que acababa de llegar al pueblo. Era bonita, me gustó, la gusté; y como yo tenía ya mi manera de vivir establecida, nos casamos. ¡Ah! mi capitán, aunque parezca extraordinario, cuando me casé, á



pesar del buen humor de mi mujer, no era feliz. Me faltaba algo. Sentía un vacío inmenso,... y llegué á comprender que volvía acordarme de la otra; de Luisa. No sabía nada de ella,... y sin embargo, siempre la tenía presente. ¡Aquella situación era espantosa! Mi vida convirtiéndose en un infierno; y mi mujer, que llegó á apercibirse de mi turbación, me abandonó.

Una noche, — ¡parece que lo estoy viendo, mi capitán! — en el camino que conducía á la costa, se me acercó una anciana. No pude reprimir un movimiento de terror y de alegría al mismo tiempo, cuando reconocí en aquella mujer á la madre de Luisa ¡Cuán vieja estaba! ¿Qué querría de mí?

— Vengo á deciros que Luisa ha muerto, y á hablaros de ella.

¡Muerta!... Esta palabra me hizo estremecer, despertando mis sufrimientos adormecidos... ¡Muerta!... ¡La que tanto había amado, mi novia de tantos años!... Muerta, sin haberla vuelto á ver!

— Calmaos, — dijo la anciana. — Dios, al quitarle la vida, ha realizado su más ferviente anhelo. La pobre niña no era feliz en la tierra.

Alcé la cabeza, al oír esto, deseoso de comprender el misterio que encerraban aquellas palabras.

— ¿Os acordáis, — prosiguió la vieja, — de la tarde en que la *Blanca* estuvo cinco horas luchando con las olas? Todos los marinos perecieron, menos vos, que también habríais perecido... sino hubiera sido por Luisa... Aterrada por el espectáculo de la agonía del buque, oró con todo el fervor de su corazón, sin lograr nada... Al cabo de cuatro horas, viendo, con angustia indecible, que el cielo no escuchaba sus plegarias... se le ocurrió hacer un juramento, un voto como le hacen muchas veces las mujeres de los marinos. ¡Ofreció toda su parte de felicidad en la tierra, por salvaros!

— ¡Pobre Luisa!

— ¡Sí, pobre Luisa!... Pero escuchad el final... La *Blanca* se iba á pique; el mar quería un sacrificio más grande todavía; y entonces Luisa hizo el juramento solemne de inmolarse á sí misma: sacrificó su amor á vuestra salvación. ¡Un cuarto de hora después, estabais sano y salvo en la orilla!

— ¿Y entonces?

— ¡Entonces,... sostuvo su palabra! Nuestros juramentos son siempre sagrados; Luisa ha cumplido el suyo, á despecho de todo!

— ¿Y logró olvidarme?

— No, pero os dió á entender que no os amaba... Ahora, ha muerto... ¡Rogad por su alma á Dios!

Eché á andar como un loco; no me atrevía á volver á mi casa; me

odiaba á mí mismo. Quise volver á hablar con la madre de Luisa, y no la encontré. Fuí al cementerio á ver la sepultura de mi amada, y no pude hallarla. De mi mujer no sé que fué, pero no me importa, porque no la

quería. Senté plaza en la marina de guerra, y también hice un juramento: ¡Hacerme matar!

IV

El marinero guardó silencio, mientras dos gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas. Luego me preguntó:

— ¿Tengo razón de hacer esto, mi capitán?

— ¡Mañana tendremos que batirnos! — le respondí.

Al día siguiente, trabamos un combate terrible con el enemigo, que nos causó muchas bajas. Cuando pasé revista á mi gente, busqué al marinero



aquel... y no le encontré. ¡Había cumplido su palabra!

V

El capitán cesó de hablar, y nosotros que habíamos seguido con vivísimo interés su relato, sentimos afligirse nuestro corazón, al recordar los desgraciados amores de Luisa con el marinero muerto en el combate de S***.

MIGUEL MEDINA

LO MÁS BLANCO

¿Qué cosa más blanca que cándido lirio?
¿Qué cosa más pura que místico cirio?
¿Qué cosa más casta que tierno azahar?
¿Qué cosa más virgen que leve neblina?
¿Qué cosa más santa que el ara divina
de gótico altar?

GUTIÉRREZ NÁJERA

Qué cosa es más blanca preguntas, bien mío,
con voz que parece murmurio del río,
rumor de caricias, alada canción.
¿Qué cosa es más blanca?... No acierto á explicarte...
Enigma es lo blanco, que vive en el arte
de la Creación.

Contempla los montes cubiertos de nieve:
la blanca paloma temblando se atreve
del alto penacho la cima á cruzar:
replega sus sombras la noche que pasa,
y cuelgan del cielo jirones de gasa
que bajan al mar.

Contempla, mi vida, la cuna del niño:
la ocupa el querube; parece de armiño...
De leves arrullos se escucha el rumor...
Son blandas caricias, blancuras del cielo,
son besos de amor.

De nieve se viste la flor que cimbre:
de nieve á lo lejos parece la aldea
envuelta en los pliegues de blanco cendal.
Con blancas espumas se adornan los mares,
y blanco es el velo que usó en sus altares
la casta vestal.

Así es la del cisne finísima pluma.
Tu lecho de virgen también es de espuma,
de espuma tu frente que tiñe el rubor;
es blanca la dicha que el alma te anega
y tienen intensa blancura que ciega
tus sueños de amor.

Qué cosa es más blanca preguntas, bien mío,
con voz que parece murmurio del río.
¿Qué cosa es más blanca, pretendes saber...
¿Más blanca? Pues oye y escucha con calma.
Mirando á los cielos, lo blanco es el alma
y el alma... es tu sér.

J. DE ALCÁNTARA



NOTAS ARTÍSTICAS. — LA CASTAÑERA; POR RICARDO URGELL

LOS OTROS

I



RAFAEL, llegó de la calle cargado con grueso rollo de papelotes... ¡Le gustaba tanto á su Elenita, *Lenita*, como él la llamaba, mirar los monigotes de las revistas y las reproducciones de cuadros más ó menos célebres y más ó menos malos de las ilustraciones!... Publicación que salía, publicación que compraba Rafael; eso sí, había de ser *ilustrada*... con monigotes, para que él se la llevase á su mujercita... La otra ilustración, la de los autores que escribían en la revista ó semanario, era lo de menos... Monigotes ¡muchos monigotes! He aquí la verdadera ilustración para Rafael y su adorada mujercita, seres criados como dos santitos en el seno de sus familias honradas y trabajadoras, que, en fuerza de economías y estrecheces, lograron realizar la más ardiente de sus aspiraciones: criar sus hijos con arreglo á los cánones de la perfección moral de sus abuelos, casar á los chicos, que se amaban desde niños casi, y morir en paz y en gracia de Dios, dejando á cada uno una fortunita de dos mil duros, amén de la administración de los bienes de un marqués, á quien ya servía de administrador el padre del feliz joven. ¿Para qué más ventura? Una esposa que no sería una belleza ni una mujer á la moda con distinguido y ameno trato, pero que en punto á zurcir calcetines, hacerse un traje de lanilla sin más ayuda que el espejo para probárselo, fregotear en la cocina y echar un angelito al mundo todos los años para enloquecer de contento á su esposo, difícilmente se podría encontrar otra... Y á nuestro hombre, esto era lo que le gustaba... Nada de cultura intelectual, nada de música ni de artes; un cocido bien hecho, una casa bien limpia y sin criados (con la recadera ó asistenta de dos horas al día, sobraba), una economía inverosímil y media docenita de angelitos que se disputaran sus besos. Este era el colmo de la dicha...

¿Caprichos? ¿gastos extraordinarios? Lo extraordinario habría sido que los hubiese... Pero me equivoco... Si que los había; Rafael gastaba, con el consentimiento de su *Lenita*, una peseta y quince céntimos semanales, en periódicos y revistas, ilustrados... con monigotes.

Pero tornando al comienzo de mi relato: Rafael entró risueño y alegre en la habitación conyugal, en el nido de sus felicidades pasadas y presentes... Calzóse las zapatillas y, deshaciendo el rollo de papelotes, los presentó á *Lenita*:

—*Blanco y Negro, La Revista Moderna, el Portafolio*... Hoy viene bueno. Chica ¡qué ciudades, qué ríos, qué lagos!... Es toda una vuelta al mundo sin moverse de casa...

—A ver... á ver...

—Espera... Hay más... Mira:

—¿Otro semanario?

—Una ilustración en pequeño, muy elegante, muy mona... Cubierta tirada á diez colores... ¡Qué cuadro!...

El Hogar... quince céntimos... ¿Qué te parece?

—Muy lindo... ¡mucho!

—Y muy barato... Ese cuadro es cosa buena, eh?

—¡Jesús, qué cabecita tan mona tiene este niño! Parece nuestro Rafaelín. ¿Verdad tú, Rafael? Míralo, míralo... Da gana de comérselo á besos.

—¡Como al nuestro!

A *Lenita*, le brillaban las pupilas con ese brillo acuoso de la emoción tierna y profunda. Eso sí, el rapazuelo pintado en la cubierta de la revista, con un color de carne tan vivo que la pobre criatura parecía desollada, semejábase al hijo menor de los dichosos cónyuges, como al cura de mi pueblo; pero como el rapaz pintado era de lindas facciones y la madre quería mucho á su hijo... por fuerza habían de parecerse.

—¡Y qué conjunto tan bonito ha hecho aquí el pintor!— continuó Elena con entusiasmo.—La cunita, con el nene, en el centro de la sala ¿Será nene ó será nena?

—Mujer ¡qué sé yo! No lleva pendientes...

—La madre, sentadita junto á la cabecera, dando de firme á la labor y con el pie á la cuna, para que se balancee suavemente... El perro á sus pies... El padre inclinado sobre su pequeñuelo, como si fuera á darle un beso... ¡*El Hogar*! Bien colocado el título ¿verdad, Rafael mío?... ¡Esto es el hogar... nuestro hogar!... Este periódico debes comprarlo siempre ¿sabes?

—Sí, sí... ¡Quince céntimos!

—No importa... Esto parece que es una copia de nosotros... Ven... verás... ¡Igual igual!

Y cogiendo de la mano á su esposo, Elena descorrió las blancas cortinas de la alcoba, en el fondo de la cual y en sencilla cuna de hierro, dormía Rafaelín, su ángel, su querube, su gloria, su... vamos, su corazón entero convertido en otro ser y animado por su alma toda.

Se acercaron de puntitas, pisando quedo; se colocaron instintivamente como los personajes del cuadro, y cogidos de la mano, mirándose con ternura, se sonrieron, besaron suavemente al rapaz y, luego, rodeando él á ella el cuello con su brazo derecho, y ella á él la cintura con el izquierdo, tornaron á la salita con lentitud, sonriendo de felicidad; pero silenciosos... como pensativos.

—¿En qué piensas Rafael?

—En muchas cosas.

—¿En que somos muy felices?

—Sí, en eso y en nuestro pasado no menos venturoso... ¡Bien podemos dar gracias á Dios... y á nuestros padres! ¿Te acuerdas? Ellos nos enseñaron á fabricar este nido delicioso, casi podemos decir que nos enseñaron á amarnos teniéndonos siempre juntos y diciéndonos:—«Debeís casaros»—y ellos, los que durante nuestros diez años de relaciones, nos fueron inculcando la idea de esta felicidad, para que, al fin, amásemos la vida apacible del hogar tranquilo y venturoso... ¡Cómo acuden á mi mente los recuerdos en estos instantes!... Y al calor de los recuerdos ¡cómo se deshace en lágrimas, esto que no sé lo que es y que me aprieta... me aprieta el corazón y me da ganas de romper en sollozos!... Tú, ¿no te acuerdas de nada?... ¡La boda!... Mira, hasta recuerdo todo lo que dijeron nuestros amigos, cuando tú, la víspera de casarnos, les enseñaste con la mayor candidez tus galas de novia, desde la corona de azahar, hasta los zapatos y el corsé.

—También me acuerdo yo... ¡Qué cosas dijeron! Sobre todo por el corsé, que era muy bonito.

Y al decir esto, Lenita, apretaba entre las suyas las manos de Rafael, mirándole al rostro, sin rubor por los picarescos recuerdos; y con la serenidad de un alma tranquila, reía... reía á carcajadas con los ojos bañados aún por el llanto...

II

Se abrió de un empujón la puerta del revuelto estudio, y el pintor Ernesto Donderis, entró con las manos metidas en los bolsillos del gabán y con el sombrero puesto...

Donderis era alto, corpulento, de arrogante figura, de rostro baronilmente bello, de mirar tan pronto vivo y exaltado, como vago, soñoliento, dulce... En aquellos ojos, veíase palpar el alma del artista con todas sus luchas, todos sus afanes, todos sus anhelos, sus nostalgias todas y sus inmensos dolores secretos, esos dolores íntimos del soñador, que no pueden revelarse porque sería profanarlos, por que tal vez causarían risa solamente.

¿Quién era Ernesto Donderis? Un bohemio del arte; pero no un bohemio hecho, sino un bohemio nacido, inconsciente, de buen tono, con un talento y una paleta que hubieran podido enriquecerle, si la pícara pereza no se hubiese empeñado en arruinarle... ¿Pintar?... Bueno, sí, después...



¿La hamaca? ¡qué dulce, qué constante amiga!... ¡Qué bien se piensa tumbado en ella, con la pipa cargada de aromática hebra y mecido como rapazuelo en su cuna!... ¡Pensar! ¿Por qué ha de llamárseles perezosos á los que piensan? Quien á sus pensamientos se entrega, poco se mueve. La inactividad del cuerpo, se origina en este caso de la febril actividad de la mente... ¡Cuántos cuadros colosales había pintado Ernesto, en el lienzo de sus anhelos!... ¡y qué hermosos, qué dignos de todos los primeros premios de todas las exposiciones del mundo!... Pero estos cuadros en proyecto no eran vendibles, y de aquí su eterna crisis monetaria, su bohemia lógica... Sólo las necesidades brutales de la vida, sólo el no querer rodar al abismo de la miseria, galvanizaba sus nervios y hacíale pintar... cualquiera cosa: un cartón, una tabla, algo que él mismo despreciaba, diciendo:—«Esto es para comer, para la materia... El alma quiere gloria, y para alcanzar gloria, necesito darles forma y color á mis sueños... Yo asombraré al mundo... cuando pinte lo que tengo aquí.» Y se golpeaba la frente... y volvía á tumbarse en la hamaca, donde, con los ojos entornados y la pipa en la boca, trabajaba con la imaginación incesantemente, hasta la fatiga... ¡hasta el sueño!

Ernesto entró en el estudio y miró á todos lados como quien busca algo ó alguien... Fijóse en la hamaca, y una sonrisa de satisfacción se extendió por su semblante, á la vez que, acercándose cautelosamente, posaba sus labios en una manita encantadora de afilados dedos, blanca como la gardenia y suave y brillante como la pluma del cisne, mano divina que asomaba con abandono sobre el borde de la espesa malla.

Sonó un grito débil, más de niña que de mujer, y Ernesto apresuróse á decir:

—Soy yo, Nive.

Nieves, se incorporó en la hamaca y saltó al suelo para correr á los brazos de Ernesto, que, levantándola en vilo, la llevó á una butaca, la acomodó en ella, le cubrió las rodillas y los pies con una piel, y arrodillándose delante, le preguntó:

—¿Cómo estás pobrecilla? ¿Por qué no te acostaste en la cama?

Nive se encogió de hombros... ¡Qué hermosa era!... Una hermosura triste... una flor delicada que la fiebre consumía como á las otras flores el sol... chiquitina, «una muñeca enferma»—como Ernesto decía—con sus mismos ojazos grandes, casi redondos, de mirar sereno, de extáticas y grandes pupilas azules, bañadas de una luz húmeda y tierna... Sus cabellos eran del color amarillento de las espigas que el sol dora y las brisas mecen en los campos, y en su rostro virginal, cubierto de clorótica palidez, la fiebre esfumaba dos pálidas rosas... Una batita blanca, con gran cuello negro y puños negros también, orlados de blondas por entre las que asomaban sus deditos siempre fríos, cubría como flotante túnica, su cuerpecito débil, abrasado por la fiebre.—«¿Qué tiene mi muñeca?»—preguntó Ernesto, cogiéndole las manos y caldeándoselas con el aliento.—«¿Frío?... ¡Siempre frío!... ¡Bah! ¡Ten ánimos, Nivel! Ya sabes que el médico ha prometido curarte... y que nuestro médico es hombre de palabra. ¿Te sonríes? Buena señal... En efecto, una sonrisa semejante á una aurora que muere entre sombras, vagó por los finos y rojos labios de Nieves, que contemplaba á Ernesto con ternura, complaciéndose en sepultar sus deditos entre los largos cabellos del joven.

«—He vendido el cuadro en treinta duros ¿sabes?... Y me han encargado otro del mismo género... Le gustó mucho al director del semanario *El Hogar*... Dijo que esas cosas debo pintar, y no gorrinerías como aquel boceto de un desnudo, que cierto día le llevé... ¡Habrá zote! Figúrate que el boceto era el que hice para una figura del cuadro que he de pintar para ser ó no ser... ese cuadro que veo, que casi toco en mis sueños de gloria... ¡El desnudo! Claro que la generalidad lo repudia... Sus groseros instintos y su ignorancia, sólo les dejan ver en su augusta majestad, las morbideces de la carne. El arte no lo ven allí, sino en los encajes, en las sedas y las plumas, que hacen del cuerpo un maniquí, cosa secundaria. Pasa en esto de los cuadros, Nive mía, lo que con los seres: al que dice la verdad, se le rechaza, tal vez porque la verdad es otro sublime desnudo que deja al descubierto la hipocresía de los humanos. ¡Oh, qué sociedad y qué gentes! Bien hacemos nosotros en vivir apartados de ellas... ¡La soledad! ¡solos los dos con nuestros pensamientos, con nuestros anhelos, con nuestros recuerdos, con nuestro amor, libre como el de los pájaros!... ¿Verdad, muñeca mía?»

Su muñeca, sonrió amargamente y tuvo una frase no menos amarga que su sonrisa:—«Si las aves fueran seres como nosotros y cometieran la torpeza de vivir en nuestra sociedad, su amor eterno y sublime, sería vituperado como el nuestro.»

Ernesto, se puso en pie... ¡Siempre iban á parar en lo mismo sus conversaciones...! La preocupación mataría á su muñeca, aquella pobrecita muñeca que un día se presentara en el estudio con la torpeza de quien nunca anduvo solo, y con la timidez de la pobre huérfana, que buscando un pedazo de pan, no sabe á donde va ni el precio á que ha de pagarlo... Pero no fué cosa del hambre lo sucedido, no; fuego del corazón, vibraciones del sentimiento, afinidades de sus almas... esto fué y sólo esto. El artista mencionó todo lo pasado, entre amorosas caricias, volviendo á arrodillarse ante su Nive, y dando

calor con sus manazas á las diminutas de ella... «Moría la tarde... La tarea finaba; unos toques más y cuadro listo... La muñeca, su modelo entonces, estaba inmóvil, con una mano sobre el corazón y la mirada fija en el cielo, que se descubría, teñido de ópalo y grana, por el abierto ventanal del estudio... Luego:—«Se acabó... Puedes irte»... Nive, no se movió... ¿Qué le sucedía?—«Ah! sí... dinero... Pues hija no tengo... Mañana cobraré este cuadro... Pero ¿no has comido hoy? ¿Tienes fiebre? Basta... Ven conmigo»... Salieron á la calle... Un amigo les dió dos pesetas. No tenía más... Bueno, cenarían unos fiambres, solitos en el estudio... Volvieron allí... y entonces confesó ella que en dos días que estaba sirviendo de modelo, había comido cuatro panecillos.—«¡Pobre huérfana! ¿Y no tienes á nadie? ¡Lo mismo que yo!» De pronto, Nive rompió á llorar. ¡El histerismo... el hambre!... Ernesto, lloró con ella.—«¡Tengo frío!» Ernesto la abrigó en sus brazos, la meció en sus rodillas como á un niño.—«¡No llores, mi muñeca!» Lo dijo entonces por primera vez, conmovido.—«No quiero que llores ¿sabes?» ¡Al fin, la pobrecilla se durmió con la sonrisa en los labios, como un rapaz en su cuna, arrullada por las ternezas del artista, que con sus robustos brazos, prestaba calor á su cuerpecito débil.

Al llegar á este punto de los recuerdos, Ernesto miró á Nieves, preguntándole:—«¿Te acuerdas?»—y Nieves, sintiendo su rostro invadido por el rubor, inclinó la cabeza sobre el pecho.

—¿Qué es eso?... ¡Vergüenza!... ¡Bah! Nuestro amor es como el de

las flores y el de las aves; nuestros lazos son más firmes que los creados por los hombres; nuestros lazos son la voluntad y el amor... ¿Que nos censuran? ¿que nos rechazan? Bien, pues por eso debemos unirnos más y más... Deja á los otros... sí, *los otros*, así debemos llamarles, puesto que no viven en nuestro mundo ni luchan como nosotros luchamos; déjalos con sus hipocresías y sus leyes, escarnecidas por ellos mismos... ¡*Los otros*, no saben lo que es esto! Aquellas mujeres no han tenido que sacrificar nada por su amor; tú lo sacrificaste todo por el tuyo... Espera, pues, á que alguien que sabe más que todos nosotros, te diga si eso es falta de vergüenza ó sobra de corazón... Y, entre tanto, mírame, ríe... llora... lo que quieras ¡pero mírame, muñeca mía!

Nieves no contestó... Nieves, escondiendo el rostro entre los brazos de Ernesto, vertió un raudal de lágrimas, tan ardientes, que parecían gotas de fuego... No... ella no le miraba... no podía mirarle como se miran *los otros*, al entregarse á sus recuerdos; pero quererle, eso sí, le quería más, ¡mucho más! hasta lo infinito... hasta la gloria eterna ó la eterna maldición de Dios.

—«¡Espera, espera!»—decía Ernesto con temblorosa voz.—Hay un más allá, donde no se juzga á los seres con arreglo á las leyes obra de ellos mismos y distintas en cada raza... ¡Hay un más allá, donde con ley sublime y única, se nos juzga á todos por la conciencia, que en todos es igual!... ¡Espera, Nive, espera!...

LUIS DE VAL

MADRID ELEGANTE

La apertura del regio coliseo, las carreras de otoño, los *five o'clock*, la fiesta de Santa Isabel, los beneficios teatrales, son otros tantos asuntos que han servido de tema, para la crónica mundana, durante el mes de Noviembre.

Abrió sus puertas el Teatro Real y, no obstante los tristes presagios que corrieron por los círculos aristocráticos, días antes de la esperada inauguración, verificóse ésta con el esplendor de otros años, bien que sin el ornato de la real familia, retraída aún de las fiestas, por las desdichas de la patria; pero, en los palcos y butacas, los abonados de siempre, las elegancias femeninas que nunca niegan el brillo de su presencia á todo espectáculo mundano, y en las *alturas* los eternos aficionados á la música, los *clásicos* y los *wagneristas*, los apasionados de Rosini y de Bellini, y los que se entusiasman con *Los Maestros Cantores* y demás creaciones del solitario de Bayreuth.

La moda se ha declarado este año por el turno 2.º impar, y en las noches que corresponden á ese turno, puede verse reunido en la suntuosa sala lo más granado de la sociedad madrileña.

Es opinión unánime, que las *carreras* del otoño debieran suprimirse; las de la primavera se prestan á la exhibición de *toilettes*, al lujo de los trenes, á los placeres de un día de campo, ya que no á los *encantos* del *sport*, que aquí entre nosotros, fuerza es confesarlo, es lo de menos; pero las del otoño, deslucidas por la lluvia, sin aficionados en número suficiente para desafiar los rigores de la estación, sin grandes premios que despierten el interés de los ganaderos, quedan reducidas á una sencilla fiesta de familia, á la que no concurren ni dos docenas de personas.

La amable Baronesa del Castillo de Chirel inauguró este año los *five o'clock*, y al elegante hotel de la calle de Ayala acudieron numerosos amigos, el día de *San Carlos*, á felicitar al senador silvelista, y el 13 de Noviembre á su distinguida consorte. Por primera vez, después de largo tiempo, se bailaba en aquellos salones, y las lindas señoritas de la casa, recién puestas de largo las dos mayores, hacían gentilmente los honores de la fiesta á un grupo de señoritas que, al deslizarse sobre el lustroso *parquet* del salón de baile, á los acordes del piano, semejaban hermosas flores desprendidas de las espléndidas *corbeilles* con que obsequiaron sus amigos á la Baronesa del Castillo.

La fiesta de Santa Isabel se ha celebrado también con la animación de costumbre: S. A. la Infanta tan querida del pueblo madrileño, ha recibido, durante los días anteriores al de su santo, manifestaciones reiteradas

de respeto y cariño, y por sus habitaciones del Regio Alcázar, han desfilado los representantes de todas las clases sociales.

La Condesa de Superunda, que, desde la muerte de su caballeroso é ilustre consorte, no ha vuelto á abrir sus salones, recibió también numerosas felicitaciones y un valioso presente, que S. A. envió, como todos los años, á su Camarera Mayor.

Y el palacio recién restaurado del Marqués de Valderrazo, se engalanó para recibir á los numerosos amigos del ilustre hombre público, que acudieron á felicitar á su bella y elegante esposa.

Otras muchas *Isabelas* pudieran registrar la crónica, por haber figurado en primera línea en la sociedad aristocrática, retiradas hoy unas y ausentes otras de Madrid. La Reina doña Isabel II, para quien siempre guarda nuestro pueblo constantes simpatías; la Condesa viuda de París; la Duquesa de Castro Enríquez, generosa donante de cuantiosas sumas para la reciente suscripción nacional; la Duquesa de Ahumada, que ha sido gala y ornato de los tiempos de esplendor de nuestra Corte; la Duquesa de Prim, portadora de aquel título insigne; la de Veragua, que recibió en Washington, los homenajes de los que más tarde nos habían de despojar de nuestro imperio colonial; la de Granada, delicada hermosura de gardenia, retirada ha mucho tiempo de la sociedad por su salud quebrantada; y entre las hermosuras cuyo recuerdo no se borrará nunca de los que han vivido ó viven entre la sociedad contemporánea: la Condesa de Atarés, á una de cuyos antepasados en el noble título, retrató Goya en la cúpula de la ermita de San Antonio de la Florida; la gentil Marquesa de Santilba, que ceñirá á sus sienes la corona ducal del Infantado; la Marquesa de Hoyos, cuyas fiestas han sido de las más brillantes que ha presenciado la quincena actual; y la encantadora señorita de Almodóvar, una de las *estrellas* que más lucen en la sociedad aristocrática.

El beneficio celebrado en el Teatro Lara, para los pobres de la parroquia de Santa Bárbara, estuvo al igual que todos los organizados por la Condesa de Aguilar de Inestrillas, brillante como función de gala.

Los viernes de la Comedia, puestos de moda por la señora de Arcos y la Marquesa de Ivanrey, han venido á ser como los *lunes clásicos* del Español: el mismo público distinguido y elegante.

Hemos entrado, pues, en ese período de animación que caracterizó siempre á la sociedad madrileña: se ha cerrado el doloroso paréntesis de la guerra, y... hecha ya la paz, aunque con el ánimo conturbado y triste por los terribles contratiempos sufridos, el espíritu se levanta; y el comercio y la industria renacen y salen de su largo marasmo, protegidos por las altas clases sociales.

MONTECRISTO

EL IDEAL

(Continuación).

Penetró don Manuel ceremoniosamente, saludó con frases entrecortadas, y tomó posesión de la butaca más próxima á la mesa. Don Martín examinó con detenimiento el recién llegado.

—Estoy á sus órdenes, caballero.

Don Manuel sudó, con sudor frío, como se debe sudar en la hora próxima á la muerte. ¡En menudo berengüenal le había metido Federico! Tosió, á modo de predicador que quiere recordar el tema del sermón olvidado, y recurrió al procedimiento que le inspiraba: rascarse la barba.

—Pues... yo soy, Manuel Ozcariz...

—Sí, ya lo he visto por la tarjeta, y espero saber en que puedo serle útil.

No sé cuántas torpezas cometió el atribulado don Manuel, sin saber de que manera abordar la cuestión que motivaba su visita. Pero, al cabo, después de algunas frases inútiles que sirvieron de insubstantial preámbulo, recobró la calma, y como Dios le dió á entender, habló de su hijo, y de los amores de Enriqueta con Federico; hasta que al fin, haciendo uso de la fórmula más vulgar, pidió la mano de la muchacha.

Don Martín se sublevó. Empezó por decir que ignoraba los amores de su hija, y acabó por poner en duda las palabras de su interlocutor.

—Debe bastarle á usted que yo lo asegure,—dijo, con firmeza, Ozcariz.

—Bien, sí, me basta; lo doy por cierto; pero ¿quién es su hijo de usted?

Aquí se sintió menospreciado el orgullo de don Manuel. ¿Quién era aquel diputadillo que no conocía el nombre de Federico Ozcariz, tan popular en aquella región?...



Allegretto.

PIANO.

CANTO.

Jun - to á la re - ja a - lli dó re - so -

- nó en tiempos más di - cho - sos u - na cancion de a - mor. I - lusio -

- na - do quien nunca te olvi - dó tornaba hoy á can -

- tar - te fué fiel tu tro va - dor.

FIN. *ff*

En la ven - ta - na rei - na ba oscu - ri -

- dad y comprendiaunque tar - de que sa - bes ol - vi - dar

Mi po - bre can - to no qui - se en - to - nar ya quebré el la - ud llo -

meno. *a tempo.*

- ran - do mi llan - to fué el can - tar mi po - bre can - to no

qui - seen - to - nar ya quebré ella - ud llo - ran - do mi llanto fué el can -

- tar mi llanto fué el can - tar mi llanto fué el can - tar

mi llanto fué el can - tar

D.C. al $\text{\textcircled{S}}$ hasta FIN.

Queda terminantemente prohibido venderla por separado.

— ¡Federico Ozcariz! — exclamó don Martín, saltando de su asiento, como movido por un resorte. — ¿Ha dicho usted, Federico Ozcariz?

— Sí, señor; mi hijo.

— El tribuno de tabernas y garitos, el revolucionario implacable, el hombre sin creencias, sin Dios y sin religión... ¿Y tiene usted el atrevimiento de pedir la mano de mi Enriqueta que es un ángel, para ese... demagogo? Antes la vea muerta que casada con él!

¡La que se armó en el despacho del diputado! Levantóse don Manuel, pálido, temblando de indignación, defendiendo con brío impetuoso á Federico. Su hijo era honrado, tenía la conciencia limpia; cosa que no podían decir muchos que ocupaban los altos puestos de la política.

— Eso... no lo dirá usted por mí.

— Por usted... y por todos los que son como usted. Ahora fué el señor de la Cruz quien se indignó, apostrofando á Ozcariz.



Tomaba la disputa caracteres de gravedad, y habría terminado en reyerta de mal género, sin la oportuna intervención de la esposa de don Martín. Parecióle á Ozcariz que Margarita era una marisabidilla completa, y celebró de todas veras que Federico se librara de tener suegra tan peligrosa.

La presencia de la señora, calmó la excitación de los caballeros. Don Manuel hizo una salida melodramática, diciendo, como resumen:

— Mi hijo, señor mío, está muy por encima de estas mezquindades. Guarden ustedes á la niña en conserva. A mi Federico no han de faltarle mujeres para casarse.

Federico, que esperaba impaciente la vuelta de su padre, quedó consternado al saber, punto por punto, lo sucedido entre don Manuel y el señor de la Cruz.

— Sales ganando hijo mío. Querías tener un suegro hipócrita y beato, y una suegra peor que un basilisco... Esto te contrariará; pero ya encontrarás otra mujer que te convenga.

— No, padre; no. Enriqueta será mi esposa; lo he prometido y así ha de ser.

— Pero, si los padres no quieren...

— No he de casarme con ellos, sino con la hija.

Hubo larga discusión entre don Manuel y Federico. El primero, trató de disuadirle de su propósito; pero el joven, terco que terco, declaró francamente que don Martín de la Cruz se acordaría de él.

La estancia de don Manuel en la capital se prolongó algunos días. Al marcharse, dejó al joven abundante provisión de consejos.

— No te digo nada, Federico. Piensa en tu porvenir, y en que las mujeres... son mujeres al fin. ¡Ya me entiendes!

VI

¿Quién diréis, que pagó las contrariedades de Federico? La sociedad, los ciudadanos pacíficos, las instituciones, la iglesia, la magistratura, la banca, los capita-

listas. Apenas quedó títtere con cabeza. Necesitaba desahogarse, y se desahogó de lo lindo. ¡Qué diatribas brotaban de su pluma! ¡Qué apóstrofes salían de sus labios, en la sala de redacción, y en la tribuna del club!

Habríase dicho que el deseo de Federico de que die se comienzo cuanto antes el ajuste de cuentas, se trocó en necesidad rabiosa. A todas horas estaba violento, excitado, dispuesto á renegar de todo lo existente. Iba por la calle y tropezaba con un mendigo, y acto seguido hacía reflexiones: ¡Cuándo será el día que no haya necesidad de dar limosnas! Que un coche atropellaba á un niño: «¡Ah! Ya vendrá tiempo en que las cosas cambien.» Que los periódicos daban cuenta de las arbitrariedades cometidas por los funcionarios del estado: «Es preciso que desaparezca esa taifa de zánganos... verdaderas sanguijuelas de la nación.» Y la misma violencia experimentaba, porque la patrona no tuviese la comida á punto, ó porque se le estropeara la corbata: «Es preciso un cambio radical, es absolutamente preciso; se impone.»

Claro que su mal humor y la tenaz manía de protestar contra todo, obedecían al disgusto que le produjo la conducta de don Martín de la Cruz. ¡Pobre Federico!

Había pasado ratos muy malos; le pareció que nadie era tan desgraciado como él. ¡Y qué no causan penas las contrariedades amorosas! Quien diga lo contrario es que no ha amado nunca.

Tradújose el dolor de Federico, en insomnio mortificante. ¡Qué noches pasaba, Dios bendito! El pensamiento, fijo siempre en la misma idea, le atormentaba como gusanillo roedor, haciéndole ver que debía olvidar para siempre á Enriqueta; que no había avenencia posible

entre él y el místico diputado. Y lo peor era, que no se decidía á olvidar á su amada. Paseaba muy amenudo por la calle donde vivía. El hotel de don Martín, cerrado siempre, parecía inexpugnable castillo feudal. ¿Cómo asaltarlo? ¿De qué manera arrancar de la esclavitud á la cándida paloma, dueña de su corazón? Echóse á discurrir planes y medios. Imaginó cuanto puede pensar el cerebro más desequilibrado; pero no pasaba de ahí.

Además, le atormentaba horriblemente no haber visto á Enriqueta desde el día en que don Manuel se presentó en casa del diputado. ¿Qué había sucedido á la pobre muchacha? Tales desvanes, condujéronle á un estado de excitación violenta, que amenazaba concluir con su salud. Raciocinó con cordura. Aunque no pudiera olvidar, comprendió la necesidad de tomar la cosa con calma: era preciso dar tiempo al tiempo. Y en tanto, para distraerse, no halló otro medio que dedicarse á beber más de lo justo. Es mucha verdad que la embriaguez alivia las penas, ó al menos las adormece.

Hizo á sus amigos más íntimos, compañeros de sus orgías pacíficas. Juntábanse tres ó cuatro, comían en grande y empuñaban el codo, como borrachos empedernidos. Lo más chocante es que las jumeras dábanles por despotricar á cerca de la política palpitante, y allá se iban á cierto club que parecía antro infernal, y hablaban elocuentemente y preparaban asonadas y recontaban las fuerzas del partido, para el día en que tuvieran que echarse á la calle.

Podían tolerarse tales excesos, porque nunca rebasaron el límite de la prudencia. Solamente una noche, noche memorable por cierto, Federico, llegó á perder por completo el juicio. Aquella noche sintióse orador sublime y hombre grande; y en el club,

creyóse en plena revolución y habló de cosas estupendas, cuales son la reforma del calendario, cambiando los nombres de los meses y de los días, como hizo en Francia Fabre d'Englantine, y pidió la cabeza de Luis XVI, y lanzó improperios fulminantes contra todos los soberanos de Europa. ¿Para qué dar más pormenores de aquella borrachera?

Era sábado la noche en que tal sucedió, y con tanto entusiasmo peroraba el joven, que estuvo diciendo sandeces y disparates hasta hora muy avanzada del día siguiente. Salió del club, después de haber pasado largo rato en inquieta modorra. Empezaba á alborazar. Libre su cabeza de los vapores del alcohol, tomó el camino de su casa, avergonzándose de su debilidad, y maldiciendo á don Martín de la Cruz, causa de aquellos forzados extravíos.

Atravesaba una calleja estrecha del casco antiguo de la ciudad, cuando fué á dar de manos á boca con dos mujeres que, indudablemente iban á misa primera á la iglesia próxima; puesto que llevaban mantilla, camándula, devocionario y silla de tijera, para oír el oficio divino con la mayor comodidad.

Marchaba el joven tan absorto en sus reflexiones, que hubiera pasado sin fijarse en las mujeres, si no escuchara que le llamaban, pronunciando su nombre: «¡Federico! ¡Federico!»

Un grito de alegría, de satisfacción inmensa, se escapó del pecho del revolucionario. Reconoció á la que le llamaba: era Enriqueta, su Enriqueta querida. La que le acompañaba, su doncella.

En breves palabras justificó la hija de don Martín su presencia en la calle, á tales horas... Iba á oír misa primera, porque su mamá no podía salir, por estar enferma, Federico celebró de todas veras la indisposición de Margarita é hizo votos para que durase eternamente.

— Y tú, Federico ¿de dónde vienes?

Turbóse el joven; no supo qué responder de buenas á primeras. El recuerdo de cuanto había pasado la noche anterior le hizo sonrojarse. Al fin, halló disculpa.

— Vengo de velar á un enfermo ¿sabes? un amigo... ¡Nos ha dado muy mala noche!

— Bien se conoce que has dormido poco.

— Nada, dirás mejor.

— Entonces te dejo. Vete á descansar.

— ¡Marcharte así! ¡Después de tantos días sin vernos!

Hubo pausa larga. Federico fué el primero en romper el silencio.

— ¡Ah! Tú no sabes... no puedes imaginarte los días que paso. Estoy muy triste... Parece que me falta algo... Siento ganas de llorar...

— Lo mismo me sucede á mí. He tenido muchos disgustos, muchos. Mis padres se empeñan en que te olvide, en que no te quiera...

— ¿Y tú qué dices? ¿qué piensas?

— ¡Y lo preguntas!... Sufro con gusto, porque es por ti... Sólo me acongoja el pensar que puedas olvidarme.

— ¡Olvidarte! ¿Sabes lo que dices?

— Papá tiene un genio muy particular. Nunca transigirá contigo.

— ¡Qué me importa á mí tu papá!

Federico se agroximó más á su amada y habló con la vehemencia de un enamorado. Todo lo declaró, todo; sin callar nada. Dijo, que por matar su pena, se



daba á la vida alegre. Confesó que la noche anterior se había emborrachado.

— No quiero engañarte, Enriqueta; todo cuanto te acabo de decir es mentira. No hay tal amigo enfermo. Vengo del club, donde he dicho no sé cuantos desati-

nos. Necesito algún desahogo,... algo he de hacer... ¿Sabes lo que quisiera? Morirme, para acabar de una vez, para no sufrir tanto; porque siento que me vuelvo loco, cuando pienso que tu padre puede obligarte á que seas la esposa de otro.

— ¡Oh, no! Antes me moriría. ¿Dudas de mi amor?
— ¿Hablas formalmente, Enriqueta?
— Imposible parece que me digas tales cosas...
— ¿Me quieres? ¿Me quieres de veras?

JULIÁN PEREZ CARRASCO

(Concluirá).

TEATROS

DESCARTANDO la fantástica producción del inmortal poeta vallisoletano, que en este año, como en todos los que nuestra memoria recuerda, constituyó la solemnidad teatral del mes, se han registrado en esta culta capital tres acontecimientos dignos de especial mención: los conciertos, en el Lírico, del eminente maestro Vicente d'Indy; el estreno de una partitura nueva, en el Gran Liceo, y la reaparición transitoria de María Guerrero, que, cual ave de paso, ha venido á saludarnos, antes de encerrarse en su nido de invierno. Sin alardes de crítico, no desafiando otro papel que el de mero cronista, voy á reflejar, á vuela pluma, las impresiones recogidas del público en estos distintos espectáculos.

Respecto al primero, sabíase desde el punto y hora en que aparecieron los carteles anunciadores, que congregaría en el suntuoso *Salón* de la calle de Mallorca á todos los prosélitos del divino arte, quienes conservaban aún latente el entusiasmo que en época no lejana despertara en ellos el célebre músico; y que no dejarían de acudir también cuantos, siendo profanos, creen comprar por el precio de la entrada una patente de inteligencia y buen gusto. En la opinión de aquéllos, pues estos últimos no la tienen, aun cuando se permitan emitirla, el eminente maestro estuvo en la organización y dirección de tales conciertos á la altura de su fama; demostrándolo el frenesí con que en las cuatro audiciones fueron aplaudidos los diferentes números anunciados. Los verdaderos *dilettanti* no olvidarán nunca los ratos deliciosísimos que les hicieron pasar d'Indy y sus compañeros, sintiendo que no se les proporcione ocasiones de disfrutarlos con más frecuencia.

Andrea Chenier se titula la nueva ópera á que nos referimos anteriormente, original del reputado compositor Giordano. Aunque su música entra de lleno en la escuela moderna, que cada día va sumando mayor cantidad de adeptos, débese confesar que la obra no correspondió del todo á las esperanzas del selecto auditorio que llenaba el Gran Teatro, en la noche del estreno. Se comprende fuese así, pues adolece de un defecto capital: el libreto. Este es más propio, por su corte de melodrama francés, para fascinar á un público dominguero del Circo, que para inspirar brillantes páginas musicales. Ha sabido, sin embargo, sortear hábilmente los escollos, y hasta convertirlos en piedra de toque de su talento; pudiendo citarse, como ejemplo, el de las carcajadas del coro, al presentarse los reos ante el tribunal.

En cuanto á la ejecución, merece calificarse de excelente. De Marchi, ha ganado en voz, transportándola con más seguridad y dulzura que cuando le oímos en otras temporadas. Desempeñó la parte de protagonista de un modo admirable, especialmente en la canción del primer acto al amor y á la patria, y en el dúo final. Giraltoni, en el papel de Gerard, demostró ser un artista consumado, un barítono de voz bien timbrada y extensa, un digno descendiente, en fin, de aquel célebre Giraltoni, cuyo mérito citan todavía nuestros padres con hiperbólico encomio, para honra y gloria de la ya canosa ó calva generación. La Corsi se mantuvo en buen terreno, particularmente en el tercer acto; empero abrigamos el convencimiento de que en otras producciones se elevará á mayor altura. Muy acertados los demás. La masa coral ha mejorado mucho, fuerza es reconocerlo, con la jubilación de algunos venerables individuos, de ambos sexos, á quienes sólo recomendaba... la antigüedad.

En honor de la verdad y haciéndome eco del criterio imperante, el empresario señor Vehils ha cumplido como bueno, pues todos los artistas que figuran en el cartel, entre los cuales descuella el tan aplaudido Bonci, gozan de bien cimentada reputación, como lo irán demostrando seguramente en el curso de la temporada; y esto deben tenerlo en cuenta las familias llamadas á sostener el esplendor de nuestro Gran Teatro, para corresponder á los sacrificios de dicho señor y á sus leales propósitos.

De vuelta del extranjero, en donde, según informes fidedignos, no ha sido atendida cual merece, y de tránsito á la Corte, María Guerrero, con su cuadro de compañía, ha dado seis representaciones en el decano de los coliseos barceloneses; indemnizándose, en parte, de su excursión negativa, (bajo el punto de vista material), pues mucho antes de su llegada á ésta, « quedaron ya abonados todos los palcos y butacas », según rezaban los carteles pregoneros de su venida. Mucho me congratulé de aquel preventivo anuncio, á pesar de escocerme no poco, hablando francamente, que una actriz española, á quien tanto miman en su tierra, hubiera tendido la desdichada ocurrencia de llevar las galas de su talento á países extraños, donde acaso no sabrían ó querrían apreciarlas en su valor intrínseco. Recordábame oportunamente, que nuestras indiscutibles eminencias escénicas, — el gran Romea, sin ir más lejos, — ni aun invitadas por los mismos extranjeros, accedieron á *recitar* fuera de su patria; y eso que la patria de Romea no había sufrido de los extranjeros... las desatenciones y desengaños que la patria de María Guerrero.

Las seis representaciones se han contado por llenos; no escaseando tampoco los aplausos. El ser ya conocidas las obras y su ejecución, por las partes principales, me evita toda consideración acerca de ellas; consignando sólo que, tanto la simpática actriz como Díaz de Mendoza, cuyos adelantos son más visibles cada día, han puesto de relieve sus envidiables facultades para el arte que cultivan, lo mismo que la simpática Nieves Suárez, el genial Manolo Díaz y el veterano Carsi.

El cuadro de compañía, será si se quiere, algo deficiente; falta imputable en la actualidad á todas las de declamación; pero la *mise* en escena es tan propia, tan suntuosa cuando la producción lo requiere; los personajes se presentan y visten con tal elegancia y riqueza; se cuida, se afiligrana tanto el conjunto;... que el espectador se rinde á discreción, y, admirando la belleza general, hace caso omiso de los defectos particulares.

Perdóneme María Guerrero, si mis anteriores apreciaciones la han molestado; conste que la admiro como actriz y que la deseo incansables prosperidades como empresaria.

A. B. JORRO



MTRO. BORRÁS DE PALAU.

Fot. Napoleón.

AVISO IMPORTANTE A NUESTROS SUSCRIPTORES

De conformidad con lo ofrecido en las condiciones de suscripción, en el próximo número recibirán de regalo una hermosa portada en oro y colores, debida al inteligente artista Francisco Tomás y Estruch, y el Índice de las materias contenidas en los números publicados hasta fin del corriente año; los cuales constituirán el primer tomo de la publicación.

Al propio tiempo, recibirán también de regalo el Prospecto para el año 1899, hermosísimo facsímil del ALBUM SALON, ó sea un ejemplar en miniatura del mismo, con igual número de páginas, cuadros en color, pieza de música, etc., etc., que les rogamos lean detenidamente, para comprobar la exactitud con que hemos cumplido hasta el día nuestros compromisos, y conocer nuestros propósitos para lo sucesivo.

Les suplicamos encarecidamente que exijan ambos regalos á los repartidores, cuando les lleven el número próximo (16 de Diciembre), si por olvido ú otra causa no se los entregaran.

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

CUBIERTA EN COLOR; por Luis Graner.

A gran velocidad. Caricaturas de Miguel Navarrete.

PÁGINAS EN COLOR: *Carmen Bonaplata - Bau* (Retrato).

La noche buena de los alojados. Cuadro de J. Cusachs.

Engordar para morir. Cuadro de Tomás Muñoz Lucena.

Héroes del género chico. Cuadro de Antonio Gil de Palacio.

PÁGINAS EN NEGRO: *Cristo*. Artículo de Antonio Astort.

El Nacimiento. Artículo de Anselmo Gascón de Gotor.

Letras catalanas. — *Angel Guimerá*. Conclusión del artículo de J. F. Luján.

Las dos rejas. — Artículo de Rafael Chichón; ilustrado por Cuchy.

Adolfo Castro y Serrano. Retrato, y artículo necrológico de M. Escalante Gómez.

El ciego. — *Cuento de Navidad*; por Emilia Pardo Bazán, ilustrado por Passos.

Nisa y Rota. Artículo crítico de E. Rodríguez - Solís.

Nota artística de actualidad; por Modesto Urgell.

El ideal. Conclusión de la novela de Julián Pérez Carrasco, ilustrada por Seriná.

Maestro Roberto Goberna (Retrato).

MOSAICO.

REGALO. — *Mariposas*. Estudio n.º 2, en mí natural mayor, op. 43, para piano; compuesto expresamente para esta publicación por el maestro Roberto Goberna.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.

Impreso por F. Giró. — Papel de Torres Hermanos, Sucesores. — Litografía Labielle.